

El Sudor del Obrero

Organo de las Sociedades Obreras y de la Coalición Republicana Socialista

SE PUBLICA 4 VECES AL MES

GRATIS A LOS SOCIOS

Redacción y Administración:
J. NAVARRETE, NÚMERO 44

No se devuelven los originales.

Padres sin hijos

Las piquetas habían empezado su labor demoladora, no impulsadas por revolucionarias manos; fué el espíritu del tiempo, las saturaciones de civilización y progreso la que las llevó a la demolición del vetusto edificio que como representación integral de las tiranías que en pasadas épocas emanaron de la nefasta confabulación del altar y el trono, llegó a ser por ello oioso y odiado.

Lo que fué morada ó cubil de los que se dedicaron y consiguieron dejar exangüe a un pueblo tan plétórico de vida como lo fué el español; lo que la idealidad trocó en brutal excepticismo porque a la mente no llevó incredulidad filosófica sino sólo temor a estudio de toda filosofía que no fuera la pedestre que con sus predicaciones de humildad castra a los seres dejándoles por consecuencia impotentes para ser el brazo secular de que necesita el natural progreso para su evolutivo desarrollo; la morada ó cubil, repito, atesoradora al mismo tiempo que testigo mudo de tantas y tantas horripilantes historias, con sus altos minaretes y sus más altas torres, era aún el tupido velo negro con que sus habitantes de pasados tiempos cegaron a la humanidad, y a pesar de que en centro docente hacía tiempo había sido convertido, lo que un día fué antro de oscurantismo sus altos minaretes y su alta torre seguían cumpliendo los fines para que fueron creados, impidiendo que la luz meridiana bañara esplendorosamente los edificios que le rodean.

Y sin embargo, sobre el alero de su tejado que «era grande, era saliente» se había pasado la vida sublime, libre, esplendorosa, con toda la sublimidad, con toda la libertad, con todo el esplendor que la Naturaleza para nuestros predecesores tiene reservado.

En el saliente alero del gran tejado, inocentes avecillas edificaron sus nidos donde rendían culto al amor libre y atronaban el espacio con sus armoniosos trinos.

Pero un día la demoledora piqueta como imponente alud confundió entre los escombros del derribo los hogares por las avecillas fabricado y de los pequeños corazoncitos que tan friamente perdida para siempre vieron su prole, surgiría un ¡maldición!

Pero ¡ay!, más afortunados que los seres humanos, han tenido plumas que canten endechas a sus cuitas, lamenten sus pesares.

No así para nosotros; irregulares leyes arrancan de nuestros brazos al hijo querido para conducirlo al campo de devastadoras luchas en donde al sucumbir con gloria y con honor no ha conseguido fin práctico para la humanidad, y quedan mudas las plumas que cantan endechas a las cuitas de esos pajarillos, y sin embargo la sangre que esas piquetas hayan podido producir, redime y fecundiza.

Las cuitas y pesares que hoy sienten esas avecillas son nuncios de que de entre las ruinas en que quedaron envueltos los cuerpecillos de sus hijos ha de surgir como nuevo fénix la nueva y sabia generación que los respete en toda su intangibilidad; generación que imposibilitando negras historias cuidará con esmero de los establecimientos docentes en donde libremente y sin temor a nada, podrán procrear las avecillas.

Por ello, poetas y literatos, dedicad vuestros esfuerzos a la humanidad, que conseguida nuestra emancipación y perfección, quedará asegurado de consuno el orden natural.

FRANCISCO TOMBU

Arañazos

Esce algunos días pude observar cómo los encargados de difundir en la tierra las doctrinas del Crucificado, se ponen en medio de la vía pública como chupa de domine.

Esto ha ocurrido nada menos que en lo más céntrico de la calle Larga, entre dos curritas; uno de ellos, que representa a la autoridad eclesiástica de la localidad; y otro, que desempeña una capella ía en un edificio de penas aflictivas, costeado por el Estado.

¿Que qué ocurrió?

No lo sé; lo único que puedo asegurar es, que la cuestión debió ser algo picantilla, por cuanto salió a relucir alguna que otra cabeza de ajo, aunque ignoro de quién partió la interjección ó las susodichas cabezas ó los susodichos ajos.

El caso es que o me pregunto:

¿Son éstos los que predicán a sus fieles contra ira templanza, contra soberbia humildad, contra lujuria castidad, etc. etc.?

Puede que haya algunos que observen algunas de estas máximas; pero la última, cualquiera le vá a un fraile con la monserga de que contra lujuria castidad.

¡Bastantito hemos hablado!

**

Ahora recuerdo, con motivo de lo dicho anteriormente, lo ocurrido en el pueblo de Israel, en el momento en que Moisés les mostraba las tables de la ley.

Cuentan que el pueblo con el mayor entusiasmo le escuchaba, prestando su aprobación durante la lectura de los mandamientos.

Y decía el documento:

Asuma Moisés y dice:

Primero: amar a Dios sobre todas las cosas.
Segundo: no jurar su santo nombre en vano.

Tercero: santificar la fiesta, (dicen que en estos tres mandamientos, el pueblo ni fu ni fá.)

Cuarto: honrar padre y madre. (Murmullo de aprobación.)

Quinto: no matar. (Los mismos murmullos.)

Sexto: no fornicar, y aquí fué troya.

Fué tal el escándalo que se armó, que el mismo Dios sintió miedo de su obra y preguntó a Moisés todo tembloroso:

¿Qué ocurre, qué sucede?

A lo que Moisés contestó:

Señor; me temo un serio conflicto si persisti-

timos en el sexto mandamiento; el pueblo no lo acepta, rectifiquemos.

No sé lo que ocurriría; pero lo cierto es, que al poco rato y cuando el ruido era más ensordecedor, salió Moisés y con voz estentórea, exclamó:

«¡Irae'itas! no os alarmeis con respecto al sexto mandamiento; podéis hacer cuanto os venga en gana, que nosotros haremos la vista larga.»

Esto o saben sin duda la gente de sayal y sotana, y se han dicho para su capote:

Puesto que en esto se hace la vista larga, acojámosnos al precepto divino, que dice: *creer y multiplicaros*, y hacen bien, porque el ser casto es cosa de lila, y son tan pocos los lilas que viven de la explotación de la Iglesia...

¡Esto si es que hay alguno!

* *

Señor Alcalde, ¿conoce usted á un individuo que tiene un almacén de comestible en la calle de Cielo y Santa Clara, y una calería en la calle de Jesús Cautivo? ¿Sí? bueno; pues ese individuo es el dueño de la casa donde tenemos nuestro Centro.

¿'abe usted cuanto cobra mensualmente por su alquiler?

Pues la friolera de ciento cuarenta pesetas.

¿Y es posible que este individuo con tanta cal, no encale y tenga la fachada que es una vergüenza para él, para el pueblo y para el Ayuntamiento que lo consiente?

Nada, señor alcalde; antes que salga el próximo número de EL SUDOR, á encalar y y si no, á embargar los alquileres y que el Ayuntamiento encale por su cuenta.

Verá usted como sobra cal.

¡Ah! y mientras tanto mucho ojo con el carrito que introduce las piedras para la calería porque yo no sé de donde las trae; pero lo cierto es, que algunas veces pringan y le echan la culpa al carrero.

Siempre es bueno que halla chiquillos en casa; pero que las piedras pringan, ya lo creo que pringan.

EL GATO.

No reinará

Cuanto más son los desprecios y abandonos que la célebre Compañía de Jesús siente y cuanto menos adictos tienen con que poder disponer para salir airosos en sus innumerables negocios, más alarde de fuerza realizan para hacer ver que triunfan y que nada los derrumbará; pero todos sabemos que esto es ficticio.

La manifestación que para exhibir la efigie del Corazón de Jesús, salió el día 5, demostró que cuanto digo es verdad, pues á ella solamente asistieron los que como los jesuitas sólo viven de la explotación, del engaño y la hipocresía.

En tres clases podemos nombrar á los encorazonados hombres que asisten á estos actos: los primeros, porque al amparo de la religión, como la re-

ligión al amparo de ellos, están de acuerdo para estudiar la manera de hacer más firme y segura su incansable explotación, sus privilegios y su tiranía, valiéndose para esto de falsas promesas para embotar la conciencia del que todo lo produce, ó ejerciendo coacción y amenazando para hacernos someter por la fuerza.

Los segundos, los hipócritas, que por vivir aparentando lo que no poseen, tienen que estar engañando á las once mil vírgenes: son los peores verdugos que tenemos los trabajadores, porque por vestir con tirilla y llenarse el estómago, se avienen cobardemente y en perjuicio de nuestra libertad, á servir de instrumento asqueroso de los jesuitas y de los reaccionarios que los protejen.

Los terceros son obreros manuales, obreros servilones é indignos; que por un mendrugo de pan, que como á un perro le arrojan á sus pies, se prestan lo mismo á servir de comparsa en una procesión, en donde sólo impera el absolutismo más despótico y denigrante, como á vender su honra ó la libertad de sus compañeros y de sus hijos.

Estoy seguro que no esperarían un fracaso tan fenomenal como el que recibieron; hasta unos catorce obreros iban acompañando al Corazón de Jesús, y en su mayoría eran éstos trabajadores del Convento.

Buena prueba dá esto de que se van dando cuenta del papel que tienen que representar, y por lo tanto, no creen en las tonterías y disparates que les quieren inculcar.

En los balcones del edificio jesuítico estaban colocados doce cartelones, los cuales representaban el Corazón de Jesús, y en los que se leían todas las cosas que el corazón les dará á los bobos que se dejen pescar por semejantes mercaderes, y aunque el Corazón le dé á los sacerdotes la gracia de mover los corazones más duros, como decía en uno de ellos, nosotros podemos asegurar que á nuestros corazones no hay poder humano que para el bien de ellos los puedan ablandar.

Por no hacer demasiado pesadas estas cuartillas, no reproduzco lo que decían los doce pensamientos que aparecían en los cartelones; pero el que los haya leído y crea todo eso y se deje llevar por lo que el Corazón de Jesús quiere, ya no puede tener temor de que lo parta un rayo, y si un día, agotados todos sus recursos, no tiene un pedazo de pan con que aplacar su hambre y la de sus hijos, podréis ponerse de rodillas delante de la milagrosa efigie, y entonces veremos cómo todas vuestras oraciones y rezos son inútiles y se os caerán las quijadas de tanto pedir y vuestro cuerpo será depositado en el cajón miserable

de la caridad, sin que el corazón santo se haya condolido ni socorrido en nada.

No ha llamado tanto la atención como las tres palabras que aparecían en la colgadura central y que decían: «Reinaré en España.»

Estas palabras, ¿no constituyen un insulto enorme al pueblo libre y una amenaza mal intencionada á quien no puede por ningún concepto someterse á ideas oscurantistas y reaccionarias?, y no contentos aun con esta injuria, echaron el colmo con los ¡viva los católicos valientes! que daban y de la manera tan provocativa de quienes los pronunciaban.

Que griten, sí, que griten esos farfantes cantando el *Tú reinará*, que nosotros gritaremos también y entonaremos el himno de la Libertad, que recorrerá y oirá el mundo entero, porque es grito nacido de verdaderos corazones honrados y nobles, porque serán gritos de paz, gritos de justicia, gritos de amor; por esto, corazón santo, no reinará.

CLIMACO.

Para el Señor Alcalde

No sabemos si incurriremos en el enojo del señor Alcalde, al hacernos eco de cuanto en perjuicio de ciertos agentes de su autoridad se dice; pero como nosotros creemos cumplir con nuestro deber, velando por el prestigio y moralidad de cuanto con el Municipio se relaciona, he ahí el por qué nos decidimos á llamar la atención del presidente de la Corporación municipal, por si tiene á bien corregir las inmoralidades de quienes debieran velar por el honor de la autoridad á quienes representan.

Se dice, sin que nosotros respondamos de su autenticidad, que hay empleados del orden público que tienen como negocio casas de mal vivir, donde se explotan á infelices mujeres y donde la encargada de vender sus cuerpos, tiene que rendir cuenta diariamente al guardia ó á los guardias que viven de tan miserable como repugnante negocio.

¿No sabe nada de esto el señor Comandante?

Tal vez nó; porque cuando se piensa en matar conejos y perdices, y en jugar al tresillo en el Circuito Mercantil y hasta se acompaña al señor alcalde á los «Toruños», en unión de otros empleados que debieran estar en el cumplimiento de su deber y no de paseo y de holganza como si vivieran de sus rentas, no es fácil que sepan lo que con sus subordinados ocurre, y si lo saben y no lo dicen, hay motivo para sospechar que se entienden entre sí.

Y no es esto sólo; también se dice,

que otro empleado que toca el pito, la corneta, el clarín ó lo que sea, en determinados actos de la Corporación, tiene en arriendo un establecimiento donde se explota el mismo negocio con tal desvergüenza y osadía, que por dignidad del pueblo y más que por esto, por higiene pública, debiera estar cerrado.

¿Tampoco sabe esto el comandante ni el inspector de los inspectores?

Tampoco. ¡Qué han de saber!

Quienes lo sabremos seremos nosotros al confeccionar los nuevos presupuestos.

Sabremos tantas cosas para esa época...

DÍAZ

Los «intelectuales»

Son todos, á mi juicio, los que sin obedecer á un patrón de trabajo esfuerzan sus cerebros dando á conocer toda clase de estudios, bien «emborronando» cuartillas para la prensa, ya escribiendo libros: por lo general suelen salir de los colegios de enseñanza superior.

Los intelectuales, lo mismo que todos los mortales (¡jejem!) tienen su estómago (!), una perogrullada, ¿verdad?, pues adelante que ya vendrá el argumento; y esto creo yo que es un grave inconveniente para los que tenemos que alimentarnos, mentalmente, con las enseñanzas que nos proporcionan.

Descartando aquellos que tienen el valor moral de sus convicciones y que sus plumas jamás flaquean, dediquemos esta crónicas á los que con orgullo llevan el nombre de periodista: á estos nos referimos, porque formando «gremio» es una parte del proletariado y por ende son «compañeros» (¡jejem!).

Obrero, el periodista, su taller es la redacción; una mesa y accesorios de escribir sus herramientas, y el fósforo de su cerebro, el músculo (¿caja?) con que produce su obra, la cual vende á un patrón por más ó menos jornal: tal es la situación del plumífero asalariado (¡jejem!).

Nada más honroso que el trabajo del intelectual, porque de él parte á veces las iniciativas y ayuda, no pocas, al corporal en las faenas rudas; pero donde sobresale, y aquí entra el argumento, ó los materiales (¿caja?) para sus labores, es en la intervención de las «cosas públicas». Aquí es donde lo pillamos y... ¡qué gran novedad si no se tuviera la «cavidad» anatómica.

Satisfecha ésta, ó por mandato del patrón, ¡qué ruiseñor el periodista! El pueblo que lo tiene oye en sus tinos, aunque ses en fantasía, todo lo

que el progreso tiene de adelanto en las fabricaciones, comercio, industria y grandes vías de comunicación, y si algún Julio cejador desentona dando á conocer, como un «quejido», lunares feos, ó á *natura* en estado primitivo, ¡ay de él!

Belleza, armonía, hermosas mujeres, aguas purísimas, brisa suave, clima templado, gracia en el decir, inventivas ingeniosas; paseos, calles, pisos, todos á cual mejores y hasta al sol se le adjetiva según en el pueblo que se está: todo, en fin, una pura poesía que ni en el Paraíso se podría estar mejor, según el pasaje bíblico.

Esto en cuanto al pueblo en que se reside y que también se arroga ser hijo de él; y en otro orden de cosas, en las abstractas, qué bueno es Dios; la Patria, qué madre tan amante; la caridad, un manto que abriga, ó un manantial de bondades; la Religión un gran consuelo; la Bandera, ¡oh!, (¡guarda!): en lo humano, el soldado un héroe; el magistrado, un severo varón; el pedagogo, un amigo del alma; el torero un artista; el burgués un patriota; el obrero, ¡oh!, el obrero, un hércules, la palanca que pedía yo no se quién para apoyarse; en fin, hasta el repulsivo fraile lo hacen simpático.

Por el contrario, ¡qué negro todo si la «caridad» no está llena ó el amo manda otra cosa!

El «légame» que de nada entiende, como substancia ó jugo que es, sirve para dar á conocer el cuadro que se ha de pintar. Qué manera de clamar por la pedagogía, la higiene, ornato, etc., etc. Cuántas desdichas en los hogares pobres, qué explotación en los talleres, cuantos egoísmos en los ricos, qué de soberbia en los gobernantes, en suma, ¡qué sociedad tan abandonada: hasta la bóveda celeste amenaza...

Como se vé, la pluma trócase en instrumento de música que hace extasiarse, soñar y dormir, como en lanza de formidable empuje que abre brecha en los ilustrísimos y excelentísimos para llegar y (¡jejem!), en sable que agujerea el bolsillo de al ún burgués y no pocas cajas de municipios, ministerios y sociedades; pero guardando, eso sí, todas reglas de la gramática y con la sindéresis que le es peculiar.

Obrero de la «fuerza», compañeros míos, nuestra educación está en nuestros centros societarios, en la unión de nosotros mismos y en aprender de aquellos hombres de buena voluntad que siendo intelectuales, sin prejuicios ni convencionalismos, ponen su pluma al servicio de la causa de la causa de nuestra emancipación económica y moral, sin más amo ó patrón que su conciencia.

ANASTASIO RENATO.

Sevilla, 2-4-10.

Una pregunta

¿Por qué lloras buen soldado al dejar el regimiento, en vez de ballarte contento porque ya te han licenciado? ¿no vas á pasar el lado de tu familia querida, que ha derramado afligida lágrimas del corazón, cuando entrastes en acción y peligraba tu vida?

Una respuesta

Tengo que estar afligido al marchar para mi tierra, porque en la sangrienta guerra los dos brazos he perdido; llegaré al pueblo querido con más pena que alegría, y aumentará mi agonía viéndome en tal embarazo, sin poder dar un abrazo á la pobre madre mía.

S.^a C.ⁱ N.^o

Enseñanza católica

Por el hecho que vamos á relatar podrán darse cuenta nuestros lectores del modo de educar que tienen las beatas ó hermanas de San Vicente de Paul, establecidas en una casa-asilo de la calle Cielo, á las niñas pobres.

Sor María, que así se llama la piadosa hermana, haciendo uso de un despecho impropio de su investidura, ó de su voto de humilde religiosa, ha maltratado á la pequeña niña de ocho años: Isabel Bela Díaz, perteneciente á la clase externa. Esta niña llegó á su casa el día 7 del corriente por la tarde en medio de un llanto desconsolador. Según se pudo comprobar más tarde por dicha niña y sus compañeras, el cuerpo de la infeliz é inofensiva criatura fué arrastrado por la clase, arrojando cuanto á su paso hallaba; castigo impuesto y ejecutado por la referida Sor María por el solo motivo de tener una corta diferencia propia de la edad, con otra niña de su clase.

Subleva á todo corazón noble y honrado la conducta de la tal hermana, que debiendo saber los cuidados, los derechos y sacrificios de la maternidad, ha debido respetar aquel ser, más desgraciado que otro por ser huérfana de padre; es más: ha debido venerar y arrodillarse ante él porque ante Dios, debe ser santificada la inocencia, como los es respetada ante los hombres.

Así procede esa camarilla católica, y no merece otro calificativo y lo decimos en plural, porque no debían de ocurrir esos casos en centro de esa índole, y tan juzgados son los que consienten ó son cómplices del delito, como el propio delincuente.

Es verdaderamente lamentable, que después de imponerle á las niñas á to-

das horas los rezos y los cánticos, que á nuestro sentir para nada sirven, hagan de las pequeñas guijarros de esos miserables instintos.

Hacemos público este hecho para que los obreros sepan cómo proceden en centros como el expresado de enseñanza católica; pues lejos de aprender á leer y escribir, no se aprende tampoco nada práctico ni útil para las necesidades de la vida, y es muy sensible que encima de perder un tiempo tan precioso, sean maltratadas las niñas.

Y no seguiremos más comentando el asunto; por lo dicho comprenderán los lectores quien es Sor María, y esperamos que los obreros no manden á sus hijos á esa clase de colegios. F.

Contra las corridas de toros

Verdadera repulsión sentimos acerca de esta clase de espectáculos, y ahora y siempre que de ello se trate, haremos tenaz oposición por entender que atenta á los principios de moralidad que sostenemos, y sostenemos de una manera firme y progresiva, opóngase quien quisiere; como también atenta á la parte económica de muchos obreros que, alucinados por la bárbara costumbre, acude á ese lugar sin perfecta conciencia de lo que hace, una vez que una gran parte de dichos obreros sacrifica su mísero jornal para satisfacer un apetito despreciable.

No hacemos estas declaraciones por primera vez, ni las hacemos por lo antes dicho, porque así dirían nuestros adversarios que eso tendría inmediato remedio por nuestra parte y es cosa fútil mencionar el asunto; lo hacemos muy principalmente, porque nadie nos puede negar que las corridas de toros van de un modo directo contra la ilustración; por cuanto que desde que la lidia empieza la barbarie luce sus mejores galas.

Vése mezclarse la sangre en la lucha repugnante del toro y del inofensivo caballo; verse puede con la mayor facilidad, inutilizarse ó privar de la vida á uno ó más hombres. Somos completamente opuestos á la destrucción por medio del placer ó del egoísmo. Oyese también á la muchedumbre lanzar epítetos malsonantes embriagada por un ardor incalificable. ¿Y no nos vamos á oponer resueltamente á esa fiesta?

Aun cuando sepamos que nuestra tarea es infructuosa, el permanecer indiferente ante esa enormidad sería inaudito.

Tenemos además la convicción firmísima por todos conceptos que

le veamos, que esa clase de espectáculos redundan en perjuicio de la clase obrera, y sería indigno en nosotros no hacer estas manifestaciones, puesto que pretendemos la más pronta realización de nuestros ideales. ó sea una sociedad mejor constituida, mejor dirigida y más inteligente.

Se nos ha objetado otras veces que el pueblo en su mayoría conserva la afición á la tradicional costumbre, y sería difícil ó imposible que estas fiestas dejasen de efectuarse: en primer lugar contestamos, que sentidamente reconocemos lo cierto que en ello hay, pero también podemos asegurar, que las corridas de toros no es más que una consecuencia lógica del estado social en que desgraciadamente vivimos; y respecto á lo segundo, ó sea á que la referida fiesta no tenga efecto, hemos de decir: que hoy los hombres respirando un ambiente de redención, luchan por implantar la república en España, y por lo tanto creemos que toda esa opinión será como nosotros, refractaria á la exhibición de esa fiesta; pues la clase obrera organizada y conciente vé en las corridas de toros un motivo grandísimo que contrarresta la educación del proletariado, por lo que hemos de vituperarla constantemente hasta que desaparezca. Por lo expuesto y por mucho más que podíamos decir, se verá nuestro modo de pensar respecto de las corridas de toros, y veríamos con verdadero placer la sustitución de las mismas por otras fiestas donde la cultura y el orden resplandeciera de una manera popular y alegremente solemne, fiestas en donde la autoridad, ayudada por las clases sociales, las hicieran asequible y en donde la humanidad de nuestro pueblo España, disfrutara de una nueva orientación educadora, concluyendo de una vez y para siempre, con todo aquello que sostiene el embrutecimiento intelectual, y por lo tanto, lo que más interesa á la clase obrera; que las corridas de toros detienen la marcha educativa y redentora, que se ha propuesto realizar el proletariado y siempre honrado obrero español.

Tienen la palabra los ilustrados.

UN OBRERO MANUAL.

¿Quién será?

Cuando el silencio, sin causar perjuicio alguno á la sociedad, es beneficioso para un miembro de ella, debe observarse.

Entonces es cuando encaja bien aquello de: En este mundo, señores, todos tenemos por qué callar: los unos

por lo que han hecho y los otros por lo que harán.»

Si un señorito se embriaga y escandaliza, la prensa calla, ó cuando más dá noticia, quitándole importancia al caso, y por quitar, quitándole también letras al nombre y apellidos del sujeto, puesto que no dá á la luz pública más que las iniciales.

En cambio, cuando un obrero se desliza en lo más mínimo, sale á la vergüenza pública; y aquellos que son tan mezquinos, tan ruines, tan miserables, que niegan un anuncio gratuito, cuatro renglones en el periódico á un pobre que solicite colocación ó trabajo; aquellos que tienen cerradas las columnas del mismo á la defensa de la verdad y de la justicia, y abiertas siempre á todo linaje de pamplinas de los favorecidos por la fortuna, no tienen inconveniente en ocupar un espacio en el periódico, en el que con todas las letras sale el nombre del obrero al balcón de la vergüenza y del oprobio, como en un tiempo saliera Cristo, «Ecce-homo», es decir: Aquí teneis al hombre: aquí teneis al obrero, vicioso, degradado.

No sabemos á quién cabrá la honra de sentir el justiciero latigazo de este artículo, porque él lo inspira el caso de un obrero que algo embriagado y herido levemente de una manera casual, hubo de presentarse en el hospital de San Juan de Dios.

Lo más particular del caso es que el sugeto en cuestión andaba reacio en decir su nombre, en razón á que, obrero intelectual, tiene una carrera, una profesión, á la que pudiera perjudicar la divulgación del suceso; y hubo tal delicadeza en este punto, que al día siguiente, vió estupefacto en *La Revista Portuense* tan fútil noticia para el público, como enojosa para él, á la que acompañaban sus nombres y apellidos.

Entre el director del Hospital y el practicante — presentes en el acto de la cura — y el gacetillero de *La Revista Portuense* (que después tomara nota del suceso) está el ajo.

¿Quién de ellos es culpable de esta falta de humanidad y sobra de mala intención? «Una infamia cometida con un individuo es una amenaza para todos», ha dicho un sabio. Por eso tenemos vivo empeño en conocer al autor de la tal endecha, para saber de quién tenemos que guardarnos.

Sean los altruistas al revés, los que gozan haciendo el mal, que en este mundo de grado ó por fuerza, tenemos que dar frutos. Y sepan también que hay árboles que solo lo dán á pájaros.

Y no va más porque nos parece que ahora va bastante. UN OBRERO.